

Las explicaciones sobre el proceso genocida en los discursos de pobladores de Famaillá, Tucumán. 1975-1983

Explanations on Gernocide in the Discourse of Inhabitants of Famaillá, Tucumán. 1975-1983

ANA SOFÍA JEMIO* Y ALEJANDRA PISANI**

RESUMEN: El trabajo indaga los modos de narración y representación sobre el genocidio perpetrado durante el Operativo Independencia y la última dictadura militar que emergen en los discursos de pobladores del departamento de Famaillá.

A partir del análisis de dieciocho entrevistas, se establecen dos matrices discursivas que tienen en común su estructuración en torno al

*. Licenciada en Sociología (UBA). Becaria de posgrado tipo I CONICET. Doctoranda en Ciencias Sociales por la Facultad de Ciencias Sociales (UBA). Su investigación doctoral refiere a las prácticas desplegadas por el ejército durante el Operativo Independencia (febrero de 1975-marzo de 1976) en los departamentos Lules, Monteros y Famaillá, Tucumán. Es asistente de investigación en el Centro de Estudios sobre Genocidio, dirigido por el Doctor Daniel Feierstein (UNTREF).

** . Licenciada en Sociología (UBA). Becaria de posgrado tipo I CONICET. Doctoranda en Ciencias Sociales por la Facultad de Ciencias Sociales (UBA). Su investigación doctoral refiere a la relación entre el Partido Revolucionario de los Trabajadores-Ejército Revolucionario del Pueblo y la clase obrera azucarera en el proceso de lucha de clases desarrollado en Tucumán entre 1966 y 1975. Es docente en la carrera de sociología de la UBA. Es miembro del Grupo de Investigación sobre el Genocidio en Tucumán. Artículo recibido: 15/II/2012 Aceptado: 20/III/2012.

Historia, Voces y Memoria 4 (2012) 135-169

repudio al accionar de los militares y se diferencian entre sí por el tipo de racionalidad que se configura en las explicaciones acerca del genocidio. Este análisis de las formas a través de las cuales se representa y explica el pasado apunta a comprender el papel desempeñado por las mismas en el modo de significar el presente y el futuro.

PALABRAS CLAVES: Operativo Independencia, Famaillá, representaciones sociales, genocidio.

ABSTRACT: This piece delves into the narrative modes and the representation of the genocide carried out during the Operativo Independencia during the military dictatorship of 1976 in the discourses of the inhabitants of Famaillá, in Tucumán Province. By analyzing eighteen interviews the authors establish two matrixes in discourse that structure their repudiation of the action of the Armed Forces and can be differentiated by the rationality configured in their explanations of genocide. The analysis of the forms through which the past is represented and explained attempts to understand the role played by forms of signifying present and future.

KEY WORDS: Operativo Independencia, Famaillá, Social representations, genocide.

El 5 de febrero de 1975 la presidenta constitucional Isabel Martínez de Perón, en acuerdo general de ministros, firmó el Decreto Secreto N° 261/75 que ordenaba el inicio del Operativo Independencia. A través de este decreto, las fuerzas represivas del Estado – avalladas por buena parte de la dirigencia política, económica, eclesial y gremial – pusieron en marcha un plan sistemático de aniquilamiento destinado a producir una profunda transformación en el conjunto social.¹ El Operativo Independencia marcó, así, el inicio del genocidio en Argentina.

1. Los trabajos de investigación acerca del funcionamiento del sistema represivo en la provincia registran, hasta el momento, un total de 802 casos de desapariciones forzadas y asesinatos entre 1975 y 1983, el 35 % de los

El presente trabajo indaga los modos de narración y representación sobre este proceso que emergen en los discursos de pobladores del departamento de Famaillá. Estas formas de significación tienen su propia historicidad, surgen al interior de un campo de disputas sobre los sentidos del pasado y sus «usos» en el presente. Así, independientemente de su correspondencia efectiva con los «hechos», los discursos se consideran como indicadores de representaciones colectivas, como vías de acceso a los procesos por los cuales los sujetos expresan el sentido de sí mismos en la historia. Desde esta perspectiva, se considera a los discursos como emergentes de un proceso individual y colectivo de elaboración y significación de lo ocurrido, cuyo desarrollo estuvo y está atravesado por las condiciones históricas y políticas del territorio social en el que se inscribe.

El análisis contempla que los diferentes grados de compromiso y exposición corporal y perceptual a los hechos represivos suponen consecuencias subjetivas de distinta índole. Los niveles y modos de afectación de un sobreviviente y de una persona que fue testigo de un hecho traumático no son iguales. Sin embargo, los marcos de sentido que estructuran los distintos discursos expresan procesos que se desarrollan a escala social y por ese motivo pueden ser pensados en conjunto.

Partiendo de estas consideraciones, se analizarán los modos de explicación del pasado que emergen en los testimonios de dieciocho pobladores de Famaillá.² Estas explicaciones no constituyen universos homogéneos y acabados, por el contrario, se configuran a través

cuales corresponden al período del Operativo Independencia (datos actualizados al 14-01-2011, cedidos por Inés Izaguirre, directora del proyecto de investigación «El genocidio en Argentina»). En ese período funcionaron en la provincia al menos nueve centros clandestinos de detención.

2. Estos testimonios corresponden a cuatro mujeres y catorce varones que durante el Operativo Independencia residían en Famaillá y tenían más de 14 años. Del total de entrevistados, siete contaron que militaban – tres mujeres y cuatro varones – cinco en el peronismo, uno en el Partido Revo-

Historia, Voces y Memoria 4 (2012) 135-169

de una multiplicidad de sentidos muchas veces contradictorios entre sí. Teniendo en cuenta esta heterogeneidad, se utilizará el concepto de «matriz discursiva»³ como clave analítica.

Este concepto actúa como límite contenedor de diferentes elementos explicativos cuyo punto de contacto no reside en su coherencia interna, sino en su eficacia material en el presente. Su utilización supone la diferenciación entre el discurso, que constituye el objeto de análisis, y el sujeto que lo enuncia. Así, la presencia de diferentes matrices discursivas no supone la existencia de distintos discursos, encarnados en diferentes sujetos, que se contraponen entre sí. Estas matrices discursivas, aún siendo contradictorias, pueden convivir – y de hecho lo hacen – de manera tensional al interior de un mismo relato.

Las explicaciones sobre el genocidio que emergen en los discursos son analizadas teniendo en cuenta dos dimensiones. La primera refiere al registro de lo vivencial, a los sentidos a partir de los cuales los sujetos explican su propia experiencia en relación a los hechos ocurridos. La segunda, refiere a los sentidos generales atribuidos al genocidio como proceso y apunta, fundamentalmente, a caracterizar el tipo de inteligibilidad que se le otorga en los discursos.

En función de estas dimensiones, es posible establecer la presencia de dos grandes matrices discursivas. Las mismas tienen en común su repudio al accionar militar y se diferencian entre sí por el tipo de racionalidad que estructura las explicaciones acerca del genocidio.

La arbitrariedad como racionalidad

La primera matriz discursiva se define por ubicar a la arbitrariedad y la irracionalidad de los militares como el principal elemento

lucionario de los Trabajadores (PRT) y uno en el Partido Socialista de los Trabajadores (PST).

3. Michel Foucault. *La arqueología del saber*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2002.

JEMIO Y PISANI · Las explicaciones sobre. . .

explicativo tanto de la propia experiencia, como del proceso genocida en su conjunto.

Uno de los elementos que la caracteriza es la frecuente utilización de términos y adjetivaciones propias del discurso del perpetrador. En los discursos se registra un uso persistente de expresiones como «extremista», «subversivo» y «fulero» en referencia casi exclusiva a los combatientes del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP). Como contrapartida, casi no existen alusiones directas a esta organización armada revolucionaria:

«Habían andado los extremistas repartiendo frazadas, que habían robado en no sé qué casa» (Lorenzo J. Paredes).

«. . . la zona donde yo vivía, que era una zona muy nombrada por los militares, decían que había mucho extremismo. . . Pero yo que haya visto extremistas, no. . . no sé cómo eran los extremistas. . . No sé. . .» (Carlos M. Villagra).

Si bien la construcción de la memoria constituye un fenómeno complejo que se configura a través de múltiples mediaciones, la adopción de este tipo de adjetivaciones puede pensarse como un indicador del carácter estructurante que asumen los términos del perpetrador en los relatos, aún cuando los mismos expresen una fuerte impugnación a la acción de los militares.

Historia, Voces y Memoria 4 (2012) 135-169

La afirmación de la propia inocencia como explicación de la experiencia subjetiva

«Ellos decían que era que estaban combatiendo a los subversivos. Pero... pero resulta que era un... después no llegamos a entender. Porque resulta que se llevaban a la gente, la hacían desaparecer...».

Rosario del Valle Romero

Las explicaciones sobre la propia experiencia que componen esta matriz discursiva tienen en común su imposibilidad de definir a las víctimas del genocidio como sujetos sociales e históricos y, por lo tanto, de dar cuenta del criterio político de selección de las víctimas.

Estas explicaciones pueden agruparse en tres grandes conjuntos: aquellas que se estructuran a partir de la idea del «error», las que responden a la idea de la «falsa acusación» y las que se centran en el carácter discrecional del accionar militar. Más allá de sus diferencias, todas requieren de la afirmación de la inocencia de la víctima para adquirir sentido pleno.

Los dos primeros conjuntos se estructuran, de manera más o menos explícita, a partir de una contraposición entre las características de las víctimas y los atributos de aquel que aparece definido como objeto de aniquilación en el discurso militar:

«... este muchacho Seco, a lo mejor se lo han llevado porque se lo han confundido, porque ahí vivía una familia de apellido Ríos. El último muchacho era de la edad mía, se llama Juan, después estaba Polo y Alberto, ellos se fueron a Rosario. Un día volvió Alberto, en una moto grande, con una chica rubia a la casa de los padres porque estaba deshabitada y ha vuelto a vivir ahí (...). Pero él andaba metido en otra cosa, nosotros nos damos cuenta cuando viene la policía a allanar la casa y encuentra un montón de armas (...). Lo que ha

JEMIO Y PISANI · Las explicaciones sobre. . .

hecho el otro lo ha pagado este muchacho (. . .), ese chico ha pagado las consecuencias del otro, digo yo» (Manuel F. Rocha).

«Después ha sido persecuciones, me seguían, me seguían, porque decían que este tipo de aquí [un vecino] era el que estaba metido en lo fulero. Y creían que yo también» (Nino).

«Sabiedo quien era Pipi Cornejo, la calidad de persona que era, por el sólo hecho de estar de jefe de correo de Santa Lucía que parece que los milicos lo tenían marcado que iba y que volvía. Porque era un tipo que, aparte de su trabajo, tenía una compañía de seguros, tenía otra entrada económica, y se compró una camioneta 4x4, y los milicos habrán dicho “¿cómo compró esa camioneta?”. Por eso era. Y se lo llevaron por sospecha. Y así se llevaron a muchísima gente» (entrevistado 1).

«Pero nosotros nunca en la vida hemos llevado mercadería para esa gente. Si bien es cierto, han venido a comprar, pero yo no sé si eran guerrilleros, si eran zafreros, no sé. Nosotros. . . eso es lo que muchas veces yo le decía a los militares, que nosotros teníamos negocio, vivíamos de eso, era para vender (. . .). Entonces como a la semana ha sido el secuestro. . .» (Juan C. Dip).

En estos relatos, la afirmación de la inocencia de la víctima se ubica, al mismo tiempo, como principal argumento de impugnación al accionar militar y como elemento que obtura la posibilidad de dar cuenta de la racionalidad política del criterio de selección de las víctimas.

Esta imposibilidad se asienta en la permanencia de los discursos en el campo discursivo militar. La afirmación de la inocencia remite necesariamente al «otro peligroso» construido en las campañas de acción psicológicas como modo de legitimar la intervención militar.

Así, pareciera establecerse un mecanismo de transferencia de la culpa por el cual ciertas víctimas «inocentes» terminarían sufriendo las consecuencias por las acciones de un otro que podría ser definido

Historia, Voces y Memoria 4 (2012) 135-169

como «culpable», dejando abierta la posibilidad de ubicar a ese otro como merecedor del castigo.

Sin embargo, este mecanismo no supone una equiparación de responsabilidades entre el «otro culpable» y los perpetradores. En estos discursos, la responsabilidad por el secuestro de la «víctima inocente» no recae sobre aquellos que tácitamente quedan definidos como «culpables» sino sobre el victimario.

En el primer conjunto de explicaciones, esta responsabilidad es atribuida en función de una «confusión» por parte de los militares entre «inocentes» y «culpables». De esta manera, la experiencia de la víctima adquiere sentido en función de un «error» cometido por el perpetrador. En el segundo, la responsabilidad es adjudicada de manera más clara y definida al victimario, quien, a través de una acusación falsa, termina haciendo que el sujeto pague las consecuencias de un acto que no cometió.

En estos discursos se reconocen determinados elementos que eran tomados por los militares como indicios de una potencial colaboración con la guerrilla. Los mismos refieren al ejercicio de ciertas actividades que, por sus características, podían facilitar el abastecimiento de los combatientes en el monte (alimentos, vestimenta, medicamentos, etc.) y/o su comunicación con los centros urbanos.

La persecución a quienes ejercían estas actividades respondía a un criterio político claro ligado a la estrategia contrainsurgente, pero en los discursos es significada como una victimización arbitraria, reforzando la sensación de un poder absoluto y discrecional que constituye una amenaza generalizada sobre la sociedad.

Encontramos así que estas explicaciones se estructuran a través de dos operaciones complementarias. Por un lado, se establece una diferenciación entre la víctima y el «otro» que es definido como objeto de sanción por los militares. Por otro lado, se opera una responsabilidad sobre los victimarios que asume un carácter meramente individual, obturando la posibilidad de reconocer una racionalidad política en el proceso genocida.

JEMIO Y PISANI · Las explicaciones sobre...

En el tercer conjunto de explicaciones, el carácter discrecional de las acciones de los militares funciona como el principal criterio de inteligibilidad de la experiencia subjetiva:

«No... aquí se dedicaban a torturar a la gente por lo que sea. Usted podía estar en la otra esquina, y si no miraba el reloj que eran las siete de la tarde y estaban bajando la bandera, el mismo que estaba haciendo guardia ahí lo llevaba» (Oscar A. Córdoba).

«(...) cualquiera era un enemigo de ellos, entonces ellos venían, atacaban, golpeaban o entraban a su casa y hacían lo que querían (...) entonces ellos venían y hacían lo que querían, vos no tenías que decir nada, dejabas que te destruyan todo y nada más» (entrevistado 2).

«Yo he visto que han entrado a algunas casas, han entrado... Si por ejemplo tenían una hija linda, así, y le gustaba al capo le... le mandaban de noche. Mandaban un cabo, un sargento que la saque, la sacaban y la llevaban para ellos. Así hacían las cosas» (Juan S. Sarmiento).

«Un muchacho que vivía allá (...) andaba con una chica del barrio de él. Y la chica quedó embarazada. Entonces la madre de la chica va y le dice “qué ;te vas a casar vos o no? Si no te hago meter preso toda la noche”, “no señora qué me voy a casar yo si no tengo una moneda, pero no por eso quiere decir que la vaya a dejar con el embarazo ahí”. Y ha ido la madre de la chica y le dijo a Almirón a la noche “mi hija quedó embarazada de un extremista, allá vive”. Y terminó en la escuela Diego de Rojas» (entrevistado 1).

Estas explicaciones se estructuran en torno a la imposibilidad de establecer algún elemento común entre las víctimas a partir del cual dar cuenta del criterio de selección de las mismas por parte de los militares. De esta manera, la experiencia sólo adquiere sentido en relación a la irracionalidad y arbitrariedad atribuida a los perpetradores.

Historia, Voces y Memoria 4 (2012) 135-169

La percepción de una ausencia de toda lógica en el accionar represivo se agudiza cuando se señala la delación como práctica extendida. En estos casos, los sujetos no sólo quedan sometidos a la irracionalidad de los militares, sino también a las ambiciones personales, deseos de venganza e intereses particulares de sus propios pares.

También aquí la afirmación de la inocencia de la víctima aparece como el principal argumento de impugnación al accionar militar. Pero en este caso, a diferencia de los anteriores, la inocencia no se estructura por la oposición a un «otro culpable» sino por la imposibilidad de establecer un criterio de demarcación entre aquellas acciones plausibles de castigo y aquellas que no lo son.

La ausencia de ese «otro» obtura la posibilidad de explicar la victimización desde las ideas de «error» o «falsa acusación». De esta manera, el criterio discrecional e individual del perpetrador aparece como el único elemento que permite otorgar sentido a la experiencia de las víctimas.

La negación de la guerra como explicación del proceso genocida

«Época de guerra. . . guerra sin enemigo».

Juan A. Molina

En los discursos que configuran esta matriz, las explicaciones de carácter general sobre el genocidio se estructuran en torno a lo que puede ser definido como «argumento de negación de la guerra». Se trata de discursos que, permaneciendo al interior del campo discursivo militar, impugnan el accionar de las fuerzas represivas a través de la negación de su principal argumento legitimador, la existencia de una «guerra contra la subversión»:

«Entre ellos [los militares] se enfrentaban y después echaban la culpa a la gente que detenían por averiguaciones de algo o los culpaban

JEMIO Y PISANI · Las explicaciones sobre. . .

directamente que uno andaba en eso. . . Ellos decían eso, yo me imagino, para justificar el gasto que hacían ellos entre armas, balas. . . Ellos hacían decir de que ellos se enfrentaban, mentira» (Manuel F. Rocha).

«El ejército andaba a todo momento. Andaban esos helicópteros, pasaban a cada rato por acá. Pero esos enfrentamientos debe ser que eran mentira, mentira» (Enrique P. Molina).

«Había un muchacho que me decía que él iba a traer palos de ahí de Caspinchango para arriba. Y me dice: “un día voy, iba solo encima, tenía que cargar cinco carros, no sé en que hora los he cargado, yo he cruzado un arroyito, cruzo para allá y estaban así todos montados [con las armas]. Miro, no eran militares. Uno sólo me hace así [gesto de saludo], lo saludo yo y empiezo a cargar. Del otro lado venía una camioneta, han descargado cosas y se han desaparecido los tipos, se han vuelto a meter al monte. Esa ha sido la primera vez que he visto”. “Pero ¿te han hecho algo?” –le pregunto–. “No, nada, me han saludado nomás. Los tipos han visto que yo estaba cargando solo ahí, no los he vuelto a ver más’. Así que aquí guerrilleros no, que hayan sido esos guerrilleros, jamás se lo puedo decir. Y la gente vivía así, obsesionada con eso”» (Oscar A. Córdoba).

«Yo no tengo conocimiento y nunca me ha acosado, ni me ha hecho nada ningún montonero ni ningún guerrillero» (entrevistado 1).

Estos fragmentos expresan las dos formas que asume el argumento de «negación de la guerra» en los discursos analizados. La primera consiste en la negación de uno de los términos que define y es condición necesaria para el enfrentamiento. Es decir, en la obturación, en el nivel de las representaciones, de la existencia misma del otro negativizado cuya aniquilación constituía el objetivo de la guerra. En la segunda forma, se admite la existencia de guerrilleros pero se deslegitima el argumento de la guerra al negar la peligrosidad que los militares les atribuían.

Historia, Voces y Memoria 4 (2012) 135-169

En las campañas de acción psicológica implementadas por las fuerzas represivas, los «delincuentes subversivos» eran caracterizados como «asesinos de gente inocente», «portadores de intereses contrarios a los de la sociedad» y «perturbadores de la tranquilidad pública». Este discurso enfatizaba también «el uso de la violencia y el terror para la imposición de sus intereses» y «la utilización de dinero como único recurso para lograr el apoyo de la población».⁴

Frente a esta definición, la negación de la peligrosidad del guerrillero va acompañada en muchos casos de una afirmación del carácter «inofensivo» de sus prácticas:

«Yo he visto gente por el monte y he conversado con gente en Tres Ceviles. Tres Ceviles era un campamento que es a donde venía toda la gente santiagueña a trabajar a la zafra, únicamente a la zafra, que duraba cinco meses en esa época, duraba cinco meses. Cuatro meses, cinco meses duraba la zafra en esa época. Y yo veía que ellos andaban ahí, tomaban mate con la gente santiagueña, era un muchacho alto, grandote, se ve que era medio extranjero. Pero ellos no le hacían nada a la gente. . . » (Juan C. Dip).

«A mí no me ha parado un guerrillero y me ha dicho: “Che, escuchame una cosa” o pedirme tal cosa, nunca. Al contrario, el que te paraba sí o sí era el milico, sí o sí te paraba el milico. (. . .) yo no sé si la guerrilla existió o no existió. Pero que ellos [los militares] atacaban a cualquiera y mataban a cualquiera, atacaban a cualquiera y mataban a cualquiera» (entrevistado 1).

«Esos habrán sido los únicos guerrilleros que he visto en toda mi vida. Pero de ahí en Famaillá nunca he visto un guerrillero. Que decían que

4. Los lineamientos generales de esta caracterización pueden rastrearse en los comunicados oficiales realizados por A. Vilas durante 1975, que tuvieron una amplia difusión. Estos comunicados pueden ser consultados en: Adel E. Vilas. Tucumán. Enero a diciembre de 1975. Manuscrito inédito, 1977. Disponible en línea: <http://www.nuncamas.org.ar>

JEMIO Y PISANI · Las explicaciones sobre. . .

paraban en la cancha. . . Un circo que nunca existió, pero de que han hecho cosas [los militares] han hecho cosas» (Oscar A. Córdoba).

«Un día estábamos nosotros entrando a la finca y estaba toda la gente así en la ruta, y estaban los militares. Habían andado los extremistas repartiendo frazadas (. . .) [los militares] en cada casa donde encontraban una frazada los cagaban a palos porque tenían la frazada. Era gente muy humilde, alguien les regala una frazada y se mueren de alegría, son capaces de besarle la mano» (Lorenzo Justiniano Paredes).

En los testimonios el «otro negativizado» es asimilado casi exclusivamente a la figura del guerrillero y la posibilidad de afirmar su existencia remite, en todos los casos, a una experiencia vivencial. El encuentro directo con uno o más combatientes del ERP pareciera ser condición de posibilidad de la afirmación certera de la existencia de la guerrilla.

Un análisis comparativo de estos argumentos permite plantear una continuidad en su modo de construcción: frente al discurso de los militares sobre la existencia de una guerra contra la subversión, se construye una contra-argumentación que, de diferentes formas, deslegitima la intervención militar a través de la negación de la guerra.

En otras palabras, estas explicaciones constituyen intentos de desactivación del discurso legitimador del perpetrador a través de una operación que supone la negación del argumento de la guerra por medio de la negación de uno de sus términos.

Esta negación simbólica encuentra sentido en el marco de la dicotomía guerrillero/militar. Como contracara del guerrillero que «no existía» o existía pero «no perjudicaba» ni «hacía daño», aparece la figura del militar que efectivamente existía y constituía una amenaza para la población.

Así, estas explicaciones se estructuran en torno a la invalidación de uno de los presupuestos centrales del discurso militar pero por medio de un argumento que no supone la construcción de nuevas

Historia, Voces y Memoria 4 (2012) 135-169

significaciones, sino una reformulación de los sentidos ya construidos por el perpetrador.

Como efecto de esta operación, ambas formas de negación del argumento de la guerra producen la anulación simbólica del PRT-ERP como sujeto histórico, ya sea a través de la negación de su existencia misma o de las prácticas que lo definían como tal, es decir su práctica eminentemente política.

Los efectos de la arbitrariedad como principio explicativo

La imposibilidad de dar cuenta de una racionalidad histórico-política del proceso genocida constituye el elemento común que permite incluir en una misma matriz a los discursos hasta aquí analizados. La ausencia de una definición de las víctimas en función de sus prácticas sociales y políticas obtura la posibilidad de establecer una explicación sobre la causalidad del proceso genocida y la lógica de sus prácticas que exceda el criterio discrecional e individual de los victimarios.

Esto se expresa con claridad en las representaciones por medio de las cuales se define a la figura del guerrillero. La misma no se construye en función del contenido positivo de sus prácticas políticas, sino a partir de la definición del perpetrador y adquiere sentido en función de la oposición relacional en la que se inscribe.

En las explicaciones vinculadas a la propia experiencia, la figura del guerrillero opera como el contrapunto a partir del cual se construye la inocencia de las víctimas. En las explicaciones generales sobre el proceso, como elemento a partir de cuya negación se invalida el argumento legitimador de la guerra.

De este modo, al interior de la matriz conviven sin contradicción dos argumentos que suponen, respectivamente, la afirmación y la negación de la existencia de la guerrilla. Si en un plano la afirmación de la inocencia de las víctimas supone la necesidad de afirmar la existencia de la guerrilla, en el otro, la invalidación del argumento de

la guerra supone la necesidad de negar su existencia. Como efecto de esta convivencia, la explicación sobre la causalidad del proceso genocida queda acotada al criterio discrecional, irracional e individual de los militares.

Otro de los elementos que permite establecer una continuidad entre estas explicaciones reside en la imposibilidad de ampliar el universo del otro negativizado por fuera de la figura del guerrillero. Esto podría asimilarse a la operación de identificación entre «subversivo» y guerrillero presente en la «teoría de los dos demonios»; pero mientras en esta última la asimilación supone una operación de «angelización» de los militantes de organizaciones no armadas,⁵ en la matriz discursiva aquí analizada se produce una «negación por exclusión» de dichos sujetos.

En la explicación estructurada en el prólogo del *Nunca Más*, se establece una recalificación conceptual de las prácticas encarnadas por los militantes populares de organizaciones no armadas mediante el vaciamiento de su contenido político y subvertor.⁶ En las explicaciones que estamos analizando, en cambio, no se registran menciones a estos militantes.

Otra diferencia respecto del modelo explicativo implícito en la *teoría de los dos demonios*, reside en el modo en que se significan las prácticas represivas. En el prólogo del *Nunca Más* se opera un mecanismo de igualación entre militares y militantes de organizaciones armadas de izquierda que permite la explicación del asesinato de «víc-

5. Elsa Drucaroff. «Por algo fue. Análisis del “Prólogo” al *Nunca Más*, de Ernesto Sabato». En: *Tres Galgos*: (noviembre de 2002).

6. Este vaciamiento se expresa en los términos a través de los cuales se definen sus prácticas: «adolescentes sensibles que iban a villas miseria para ayudar a sus moradores», «dirigentes sindicales que luchaban por una simple mejora de salarios», «muchachos que habían sido miembros de un centro estudiantil», «sacerdotes que habían llevado las enseñanzas de cristo a barriadas miserables», entre otros. Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (CONADEP). *Nunca Más*. Buenos Aires: EUDEBA, 1984.

Historia, Voces y Memoria 4 (2012) 135-169

timas inocentes» a través de la idea de «excesos». En los discursos de los pobladores de Famaillá, esta posibilidad queda obturada por la negación de la existencia o la peligrosidad de la guerrilla.

Así, en las explicaciones analizadas se combina la imposibilidad de dar cuenta del sentido histórico y político del proyecto de aniquilamiento con la imposibilidad de estructurar racionalmente esta ausencia de sentido a través de la idea de «exceso». Esta doble imposibilidad, en palabras de los entrevistados, se expresa en los siguientes términos:

«Ellos decían que era que estaban combatiendo a los subversivos. Pero... pero resulta que era un... después no llegamos a entender. Porque resulta que se llevaban a la gente, la hacían desaparecer... a padres de familia, a hijos mayores de las casas. Resulta que a veces eran ellos, eran ellos los que venían, eran militares. La gente decía, pero ellos decían que se los llevaban por sospechosos. Pero resulta que acá éramos todos trabajadores, gente que no sabíamos nosotros que eran gente de mala vida. Y eso nos causaba algo raro, porque nadie los entendía. Como que todavía uno está dañado. Yo tengo mis hijos ahora grandecitos y hay veces que... siempre estoy recomendándoles que tienen que aprovechar, que la juventud es lo mejor... Porque uno piensa en cosas... que de un momento a otro uno no sabe lo que le pueda pasar» (Rosario del Valle Romero).

«Si ellos venían a buscar algo, que la propuesta era eliminar a la guerrilla, pero entonces ¿en qué momento y en qué tiempo nos hemos convertido en guerrilleros nosotros? Yo no conozco la guerrilla, yo nunca he andado en nada. Ahora ¿por qué ellos actúan así? No sólo por mí sino por un montón de gente inocente (...) todo fabrican ellos, porque entre ellos se han enfrentado (...) todo es ficticio de ellos, mentira de ellos para justificar» (Manuel F. Rocha).

«... ahora no está mi hermano, capaz que si yo le decía que estábamos hablando acá, por ahí no me dejaba (...) Lo tengo [al miedo] en este momento que estoy hablando (...) es algo que tengo guardado,

JEMIO Y PISANI · Las explicaciones sobre. . .

que siempre tengo y no le puedo comentar a nadie, lo tengo siempre taponado (...) es la sensación que me ha quedado de muchos años, que yo he visto lo que han hecho, lo que son capaces de hacer y yo no sé si alguno que está, retirado o no, le pega esto o no le pega, puede tomar represalias con mi familia o conmigo, uno no sabe (...) yo he visto y lo sé, que ha sido un operativo muy grande, muy organizado, porque la gente que venía a torturar no era cualquier gente, la gente sabía lo que hacía» (entrevistado 2).

De esta manera, los discursos analizados hasta aquí expresan la efectividad de las prácticas genocidas no sólo en la eliminación material y simbólica de ciertos sujetos sociales, sino también en la persistencia, en mayor o menor grado, de los efectos paralizantes del terror operado de manera sistemática y planificada durante el genocidio. Negada la existencia misma de aquel que define el límite por fuera del cual la acción de los militares resulta «excesiva», lo que queda es un terror difuso que, al no encontrar lógica ni explicación alguna, extiende sus efectos hasta el presente.

La confrontación política como racionalidad

En los testimonios analizados es posible dar cuenta de una segunda matriz discursiva que se define por el establecimiento de significaciones históricas que vuelven inteligible el proceso genocida a través del reconocimiento de una racionalidad política en las prácticas de las fuerzas armadas.

Las explicaciones que conforman esta matriz comparten con las anteriores su impugnación al accionar militar pero, a diferencia de ellas, se caracterizan por el establecimiento de sentidos propios, fuertemente anclados en la experiencia histórica y contruidos por fuera del universo simbólico del discurso militar:

«Yo ni sabía lo que era un. . . yo sé que esa gente que ha estado, que los llamaban extremistas, eran gente luchadora, gente que estaban

Historia, Voces y Memoria 4 (2012) 135-169

en la lucha. Me explicaban a mí para qué, para que no haya tanta hipocresía, injusticia. A mí me explicaban que era para eso» (Olga Y. Morales).

Aún en los casos en que se utilizan expresiones propias del perpetrador, esta utilización se realiza marcando explícitamente la ajениdad de estos términos respecto del propio discurso. En el fragmento citado, este distanciamiento va acompañado de una referencia a las organizaciones armadas de izquierda que legitima su accionar a través de la idea de lucha contra la injusticia y ubica al discurso de estas organizaciones como una fuente válida en el propio relato.

Otro elemento que permite marcar una diferencia entre esta matriz y la analizada previamente es la existencia de una fuerte articulación entre las explicaciones que remiten a la propia experiencia y las referidas al genocidio como proceso. En este sentido, la continuidad de las argumentaciones torna más difícil la diferenciación entre las dos dimensiones de análisis planteadas. No obstante, esta distinción resulta relevante en tanto permite dar cuenta del modo en que las explicaciones generales se construyen en y desde una referencia a la experiencia vivencial de los sujetos.

La pertenencia a un colectivo como explicación de la propia experiencia

«Nosotros teníamos no una experiencia vivida sino una experiencia por lo que nos habían contado los que eran de aquellas épocas».

M. Genoveva Romano

En los discursos que conforman esta matriz, los sentidos vinculados a la experiencia subjetiva durante el Operativo Independencia

JEMIO Y PISANI · Las explicaciones sobre...

se estructuran a través del reconocimiento de una racionalidad en el accionar militar ligada a la persecución de ciertas prácticas:

«... trabajando también se hace patria y concientizando a los compañeros... si hay que hacer un paro, que sea un paro pero no que cuatro carneros vayan a trabajar mientras diez están protestando. Eso hay que enseñar, yo creo que eso... Porque hemos sido así y porque hemos pensado así hemos sido secuestrados y torturados, por pedir el derecho...» (Lorenzo J. Paredes).

«El chico Acosta no volvió más. Un chico que me ha dado una mano tan grande, que ha sido Jacobo Ortiz, él no volvió más. Y así como ellos un montón de gente amiga que ha quedado en el camino ¿Por qué? Injustamente, porque trabajaba para el obrero. Yo me acuerdo de Carlos Amaya, había hecho una reunión. Era un muchacho que andaba en el sindicato, había hecho una reunión para ver qué podíamos hacer porque nos aterrorizaban esta gente [los militares], los chiquitos enfermos del susto, todas enfermas de la desesperación las madres. Y a la noche le han caído los militares. Que se quede mudo porque va a ser otro que desaparezca. Nunca más. Ahí nomás ha alzado las cosas Carlos Amaya y se ha ido, no sé a dónde porque nunca más lo he visto a ese hombre» (Olga Y. Morales).

En estos discursos, la victimización por parte de los militares se asocia a prácticas como «trabajar para el obrero», «andar en un sindicato» o «pensar de una determinada manera». En algunos casos, como en el último fragmento, se reconocen también los efectos expansivos y disciplinadores del terror como elementos indisociables de las prácticas de secuestro y desaparición.

Estas formas de significación se suelen estructurar, además, a partir de la asunción de una identidad política. Esto supone la inscripción de la vivencia personal en el marco de la experiencia de un colectivo más amplio y, por lo tanto, el reconocimiento del carácter colectivo del sujeto que fue ubicado como blanco de la persecución y victimización:

Historia, Voces y Memoria 4 (2012) 135-169

«Yo en aquellos tiempos, yo militaba en un partido de izquierda, ¿sí? En el Partido Socialista de los Trabajadores. Yo he sido delegado de UOCRA. En esos tiempos nosotros hemos sido muy perseguidos, todos los sindicalistas, no había uno que no ha sido perseguido» (Lorenzo J. Paredes).

«Por ser militante peronista, por ser dirigente, por ser activista he estado acá preso» (Juan D. Jiménez).

«... mi militancia fue siempre en el peronismo. Yo siempre he militado en el peronismo desde que tengo uso de razón porque vengo de una familia peronista. Para algunos era una mala palabra, pero nosotros hemos llevado siempre la necesidad imperiosa de trabajar en el campo político porque éramos de familia muy humilde y siempre el peronismo se ha acodado con la humildad, con la gente que necesita. Entonces mi familia venía trabajando» (Olga Y. Morales).

«Nosotros teníamos no una experiencia vivida sino una experiencia por lo que nos habían contado los que eran de aquellas épocas. Entonces uno, como joven, temía volver a eso. Y a pesar que una era joven teníamos un bienestar, porque se había conseguido. Entonces temíamos nosotros por el futuro de nosotros mismos, de caer en lo anterior. Eso te daba fuerza, te daba fuerza a pesar de que eras joven, de decir "sí, yo me voy con aquellas referentes". El caso de Hilda [Guerrero] que era vecina de nosotros, una mujer con mucho temple, mucho espíritu... como que te contagiaba eso (...). Éramos jóvenes, ni siquiera nuestros padres sabían... Pero era eso, que nosotros no queríamos volver a lo que había antes, lo del perro familiar y toda esa historia. Y de ahí comienza... ya es, parece que... que ya eso... eso queda» (M. Genoveva Romano).

En algunos casos, como en los dos últimos fragmentos, los relatos contienen además una historización de la trayectoria personal al interior del colectivo de pertenencia. En el marco de esta historización, los sujetos otorgan sentido a su militancia a través de una referencia a su experiencia personal y familiar signada por condiciones de

clase. Así, la propia militancia se explica en función de la pertenencia a una «familia muy humilde» o como modo de no volver a «lo del perro familiar», expresión que refiere a las condiciones de vida de las familias de obreros azucareros.

De este modo, la inscripción de la propia vivencia en un proyecto colectivo más amplio que la antecede y la sucede, tiene como efecto una significación de la experiencia subjetiva que trasciende lo individual. Esta inscripción opera en los relatos de dos maneras complementarias. Por un lado, permite dar sentido a las experiencias de las víctimas en el marco de una estrategia destinada a la eliminación del proyecto social del que formaban parte. Por otro lado, la asociación de los objetivos contenidos en ese proyecto a la idea de justicia, constituye un aspecto central en la legitimación de la experiencia de militancia.

Estos objetivos, significados a través de expresiones como «trabajar para el obrero», «pedir el derecho» o «defender a los humildes», encuentran sentido en la necesidad de defender las conquistas obtenidas en las luchas previas y de avanzar en la consecución de nuevas conquistas. De este modo, la propia militancia es significada en el marco de una experiencia histórica de lucha que encuentra anclaje en la persistencia de las condiciones de opresión.

En algunos casos, esta continuidad se extiende hasta el presente, posibilitando no sólo la reafirmación del sentido de la lucha pasada, sino también el reconocimiento de la validez de sus objetivos en la actualidad:

«Yo soy una persona que. . . yo me voy a caer m'hija y me voy a volver a parar, como yo me paraba cuando estaba embarazada, agarrándome de las paredes, pero yo voy a seguir en la lucha. Voy a seguir en la lucha» (Olga Y. Morales).

«Hay marcas, pero no importa. Yo me siento orgullosa de todo eso. . . me siento orgullosa. Y si lo tengo que volver a hacer, con la edad que tengo, lo voy a volver a hacer. Lo voy a volver a hacer. . . Y sé que mi

Historia, Voces y Memoria 4 (2012) 135-169

hija no va a decir “mi mamá me ha dejado porque no me ha querido” y mi nieto. . . Sé que ellos van a aprender que tienen que luchar para vivir. Y vivir mejor y no dejarse avasallar por el poder» (M. Genoveva Romano).

En estos relatos, la necesidad de «vivir mejor y no dejarse avasallar por el poder» aparece como un rasgo común al pasado y al presente que sustenta tanto el deseo de «seguir en la lucha» y de «volver a pararse después de cada caída», como el sentimiento de orgullo respecto de la militancia pasada.

Se estructura así una forma de significación de la experiencia subjetiva que, reconociendo las huellas que ha dejado el terror, expresa la necesidad de sobreponerse y seguir luchando por la realización de objetivos que atraviesan la historia manteniendo su vigencia hasta el presente.

Los relatos establecen, de esta manera, una continuidad entre pasado y presente que no sólo supone la posibilidad de dar cuenta de la propia experiencia en términos históricos, sino que además permite una apropiación y recuperación crítica de la misma como clave para pensar el presente y el futuro.

La derrota política como explicación del proceso genocida

«En esa época comienza ya la división. . . Ahí sacamos las garras y dijimos: “nosotros somos la izquierda y ustedes son de la derecha”».

M. Genoveva Romano

En los discursos que conforman esta matriz, el proceso genocida es significado como una derrota política dentro de una disputa histórica entre sujetos colectivos organizados. Las formas de narración y explicación de esta disputa, se estructuran a través de la asunción de un posicionamiento concreto al interior de alguna de las fuerzas

JEMIO Y PISANI · Las explicaciones sobre...

en pugna. De esta manera, se configura una historia en perspectiva donde la asunción de una posición política opera como punto de referencia de la significación de los hechos relatados:

«En esa época comienza la división, sacamos las garras y dijimos: “nosotros somos la izquierda y ustedes son de la derecha”. Ellos querían ser pasivos pero no lo eran, tenían otra mentalidad, de día organizaban la paz y de noche te sacaban de la casa. (...) nos traicionó el mismo peronismo, la misma base de nosotros, la que teníamos en un monumento (...) la gente que estaba en el gobierno nos estaba matando» (M. Genoveva Romano).

«Porque había en esa época dos fracciones del peronismo, una el peronismo revolucionario identificado con Montoneros (...) y después estaba el peronismo de la Republica Argentina, que eran los ortodoxos, los traidores, todos los de López Rega, con Isabel Martínez arriba. Dos fracciones que estaban en pugna y el peronismo ese [Peronismo de la República Argentina] eran los que andaban apuntando a la gente (...) e iban a identificar a los compañeros para que los agarran. (...) el Operativo lo instala López Rega e Isabel Martínez (...) dicen que es un golpe de Estado donde Isabel Martínez... no. Isabel Martínez entrega el poder, lo entrega, le dice “tomá seguila vos” al gobierno militar» (Carlos Acuña).

En estos discursos, el genocidio y las prácticas en él desplegadas adquieren inteligibilidad en el marco de una lectura política que ubica al Operativo Independencia y a la posterior dictadura militar como resultado de una correlación de fuerzas históricamente determinada.

Los enfrentamientos que van configurando esa correlación de fuerzas se ubican como un elemento explicativo central en los relatos. Estos incluyen un análisis acerca de sus causas, de sus continuidades a través del tiempo y de la composición de las fuerzas sociales en pugna. Contienen, por lo tanto, una historización del colectivo de pertenencia y de las fuerzas sociales a las que se enfrentaba:

Historia, Voces y Memoria 4 (2012) 135-169

«Este compañero que se llamaba Juan de la Cruz Olmos... saca una personería gremial y ahí comienzan todos a trabajar dentro de ese Sindicato Municipal. No había ni espacio físico porque no había... no tenían ellos espacio físico en donde trabajar. Entonces, nos reuníamos en la casa de Juan de la Cruz Olmos (...). Bueno comienza ahí, y se hace un trabajo muy bueno... hermoso, era bellissimo el trabajo donde toda la gente de Famaillá concurría a esas reuniones, ya no eran gremiales, eran reuniones políticas y sociales. Era... se trabajaba muy bien porque ahí no se preguntaba si sos de tal o cual partido, perteneciente, no, no, no. Era político-social, un trabajo hermoso, bellissimo... donde tuvimos contacto con muchos compañeros que hoy están desaparecidos» (entrevistada 3).

«[en el sindicato] por supuesto también se formó la política, se hace una coordinadora donde nos formaban a los jóvenes. Entonces se conoce con los chicos de la universidad por medio del gremio del Macho Luna, José, y teníamos la compañera la Zulema (...) ella nos prestó una casa en donde nos reuníamos con los chicos de la universidad. En ese entonces estaba el rector Heredia con nosotros en la lucha» (M. Genoveva Romano).

«... como dirigente de la Juventud Peronista, yo he participado en varios congresos; el congreso en Córdoba, en Rosario. Ahí he andado en la lucha también cuando ha sido la huelga de los... de esta fábrica... de Acindar, todo eso, he trabajado también, he andado por ahí con la gente. Después en Jujuy, en la mina Aguilar; después en Salta; y he andado por Santiago, Catamarca (...). O sea que estábamos nosotros en contacto con todos los gremios, con toda la parte... la juventud y... Nosotros siempre teníamos... Por ejemplo, de aquí, cualquier cosa que pasaba, si necesitaban en Jujuy, íbamos a Jujuy. Nos colaborábamos entre todos los gremios, ya nos conocíamos» (Juan C. Romano).

Estos relatos ubican al sindicato como un espacio articulador de diferentes identidades políticas cuya actividad excede el ámbito

JEMIO Y PISANI · Las explicaciones sobre. . .

reivindicativo de lo gremial, incluyendo un trabajo de carácter político y social. Este colectivo es presentado, además, como el núcleo de referencia a partir del cual se establecían relaciones con el movimiento estudiantil de la provincia y con el movimiento obrero a nivel nacional.

Los relatos configuran, de esta manera, una historización de la experiencia en un sentido amplio que incluye tanto al espacio político de pertenencia, como a otras identidades políticas del campo popular. En este marco, la vinculación con otros sujetos sociales, expresada a través de la idea de «colaboración entre los gremios» o «luchar junto a los estudiantes», encuentra sentido en el reconocimiento de una solidaridad entre sus intereses y objetivos.

En algunos casos, este sentimiento de solidaridad se extiende hacia el pasado permitiendo inscribir la experiencia de la propia generación en el marco de una lucha iniciada por las generaciones anteriores:

«Nosotros ya teníamos en mente lo que era la vida dura, la vida de sacrificios, de tener que vivir así. . . una vida de esclavitud, así lo tomamos nosotros. Prácticamente uno no la ha conocido a esa vida (. . .) Y después que ya se consiguieron los gremios, porque antes los gremios eran sagrados, se los respetaba. . . una vez que ya vino el gobierno de Perón, que fue del año 45. Entonces, ahí, se puso la ley de trabajo, ya había leyes que por medio del gremialista se respetaban. Y el obrero era bastante. . . bastante que se lo respetaba. Y después comenzaron de vuelta en el año sesenta, sesenta y algo que se comenzaron a cerrar los ingenios. Ahí yo ya tengo algo. . . siendo joven pero. . . ya la conciencia de lo que era la lucha, de lo que se luchaba, de lo que se sufría. . . Se comenzó también porque se los perseguían a los dirigentes. . . Incluso yendo a FOTIA –que se iban a reunir todos los de los ingenios– murió la compañera Hilda Guerrero. . . Entonces ¿qué pasa? . . . [pensábamos] Si nos dan una posibilidad para que nosotros luchemos y descartemos esto, bueno, vamos a esto, porque esto es lo nuestro. . . Y más que nosotros teníamos la idea

Historia, Voces y Memoria 4 (2012) 135-169

esa de cómo era antes, en las épocas de los ingenios... no queríamos nosotros que eso vuelva. Sabíamos que acá había habido una lucha fuerte y dura para quienes habían hecho esa lucha, pero lo consiguieron. Y nosotros decíamos "esa gente iba a caballo, los más viejos iban a caballo y los más jóvenes a pie... entonces ¿por qué no nosotros?"» (M. Genoveva Romano).

En este relato, la experiencia de la propia generación es significada como un momento de una historia de lucha que se remonta hasta antes del primer gobierno peronista. La experiencia de las generaciones anteriores opera en el relato como una constatación histórica de la posibilidad de modificar la realidad a través de la lucha. Así como aquellas generaciones habían logrado cambiar una «vida de esclavitud y sacrificios» por una vida signada por el «respeto al obrero», la derrota sufrida en la década del sesenta podía revertirse a través de la lucha.

Este modo de concebir la conformación y la historia del propio campo produce, en el mismo movimiento, una historización de las fuerzas a las que se enfrentaron. En el fragmento citado esto se expresa en el establecimiento de una continuidad entre el «sometimiento del obrero a condiciones de esclavitud» en el período previo al peronismo y la «persecución y asesinato de dirigentes gremiales» en la década del sesenta. En este sentido, la expresión «comenzaron de vuelta en el año sesenta» supone una equiparación entre los intereses encarnados por los distintos grupos sociales que, a lo largo de la historia, llevaron adelante estas prácticas.

En el marco de este enfrentamiento adquieren inteligibilidad las explicaciones generales acerca del proceso genocida:

«... Pero ellos [los militares] los perseguían no solamente a los extremistas sino incluso a los obreros, porque al perseguir a un sindicalista están persiguiendo a un obrero ¿Cuál es el pecado? Defender el derecho del trabajador. Entonces si mata la cabeza que defiende al trabajador significa que está en contra del trabajador ¿o no? Estaban

JEMIO Y PISANI · Las explicaciones sobre. . .

persiguiendo al obrero, sin saber, estos malditos basura, que gracias al obrero tienen todo lo que tienen. Incluso las botas que se ponen, gracias a los obreros. Eso no saben ellos. Y el gran sueldo que tienen, gracias a los obreros» (Lorenzo J. Paredes).

«A todos esos dirigentes combativos [Juan Olmos, Dardo Molina, los hermanos Arancibia] los hizo matar el mismo gobierno de la Estela Martínez de Perón porque ya todos estos dirigentes tenían el conocimiento de todo lo que venían ellos con el gallo bajo el brazo. Entonces, para no darle lugar a que esto se extienda más en contra de ellos, han empezado a darles leña a todos los dirigentes combativos (. . .). Ya se venía esto. Estábamos ya más o menos todos los dirigentes. Por eso es que los hacen matar a los dirigentes, para hacerlos callar directamente matándolos. Únicamente los hacían callar matándolos porque la gente, esos dirigentes, no se callaban así nomás ni se vendían como ahora» (Juan C. Romano).

«La misma fábrica de Bunge y Born, los directivos de GRAFA fueron entregadores también de muchos obreros, de mis amigos firmes. Donde. . . dieron lugar a que entraran policías de civil, de la Brigada de Investigaciones, del SIDE, el Servicio de Inteligencia del Estado, para perseguir a todos aquellos que eran activistas gremiales, que luchaban por sus salarios, por las mejoras salariales, mejores condiciones en su trabajo. . . » (Juan D. Jiménez).

En los relatos que conforman esta matriz, el Operativo Independencia y la dictadura militar adquieren sentido a través de la inscripción de sus prácticas represivas en una estrategia destinada a someter a los obreros a través de la desarticulación de su capacidad de lucha. El asesinato de dirigentes «para hacerlos callar» o la persecución de activistas gremiales que «luchaban por mejores condiciones de trabajo», aparecen como elementos que permiten establecer una continuidad entre los intereses de las fuerzas armadas y los de aquellos sectores que, históricamente, buscaron mantener a los obreros bajo condiciones de opresión.

Historia, Voces y Memoria 4 (2012) 135-169

Al adjudicar la responsabilidad política del asesinato de dirigentes combativos al gobierno nacional o plantear la connivencia y el aval de sectores empresarios a las prácticas represivas, los relatos establecen vinculaciones más o menos orgánicas entre las fuerzas armadas y otros sectores sociales.

El establecimiento de estas vinculaciones opera en los relatos de dos maneras complementarias. Por un lado, permite la atribución de una racionalidad histórico-política al genocidio, vinculada a la inscripción de las prácticas represivas en un proyecto político más amplio. Por otro lado, permite otorgar sentido al presente en función de la capacidad de los sectores dominantes para implementar dicho proyecto:

«Porque yo temo, yo le temo a las autoridades que nosotros tenemos hoy en el pueblo porque son las mismas autoridades que nos mandaron a golpear, a que nos pisoteen, que nos masacren. . . porque es, de cierto modo, lo que está pasando. Por ejemplo ellos, no sé si es plan el otro que dan, ése de cien pesos. . . Los peronistas que están como autoridad ¿Cómo las tratan a las mujeres?. . . Las tratan. . . ya no sé cómo llamarle porque ya no las tratan como a seres humanos y menos las respetan como mujeres. Las suben o. . . – perdónenme mi expresión pero a veces la impotencia me hace salir – las trepan en un acoplado y las llevan. . . que vayan a limpiar calles allá en los campos, que andan de rodillas. . . No es deshonra el trabajo. No es deshonra el trabajo pero sí es deshonra lo que les hace el político a esas mujeres» (M. Genoveva Romano).

«El análisis general de la época esa es que, al quedar sin nada, sin conducción, sin nadie que pueda hacer un trasvasamiento generacional de todas las cosas, de esto que pasó, y ver los errores, y ver por qué pasó tal y cual cosa, es que hoy vemos en el pueblo de Famaillá a los hijos del proceso, que a través de los años no quieren saber nada con la política, no quieren saber nada con militar» (Carlos Acuña).

«Creo que hemos subestimado mucho al enemigo. Subestimar al enemigo y la otra creo, que estoy convencida de que realmente el

JEMIO Y PISANI · Las explicaciones sobre...

objetivo nuestro era real, había que hacerlo, en eso estoy totalmente convencidísima. Estoy segura que nosotros no queríamos que esto pase, lo que esta pasando hoy en Tucumán. Convencidísima» (entrevistada 3).

En estos relatos la caracterización del presente aparece en directa relación con los hechos del pasado. Esto se expresa, por ejemplo, en la igualación simbólica entre las «autoridades actuales» y aquellas que llevaron adelante el genocidio o en la persistencia de prácticas de sometimiento y humillación a los trabajadores. Por esta vía, los relatos estructuran una lectura acerca de las condiciones de opresión actuales que encuentra sentido en la continuidad histórica del proyecto social de los sectores dominantes.

Esta continuidad es significada como resultado de una derrota del propio proyecto político basada no sólo en la aniquilación de los cuerpos que encarnaban este proyecto, sino también en los efectos de esta aniquilación: la dificultad para tramitar el legado de esa experiencia con las nuevas generaciones.

Sin embargo, en la medida en que esta lectura se basa en una reivindicación de los objetivos de la lucha pasada y los reconoce como válidos para el presente, la significación del genocidio como derrota política, no supone una interpretación de esa derrota en términos de «equivocación». En otras palabras, la evaluación sobre la derrota se asienta en una lectura que, aun criticando parte de las estrategias adoptadas, los diagnósticos realizados y las acciones llevadas a cabo, no suponen en ningún caso el cuestionamiento de los objetivos de la lucha.

Este sentido, constituye una forma de elaboración del pasado que, lejos de transformar la derrota histórica en una negación de la posibilidad contestataria, se ubica como una clave central para pensar las luchas en el presente.

Historia, Voces y Memoria 4 (2012) 135-169

Los efectos de la confrontación política como principio explicativo

Esta matriz discursiva se caracteriza por el establecimiento de significaciones históricas que vuelven inteligible el proceso genocida a través de la atribución de una racionalidad política. La modalidad narrativa en la que se construyen estas significaciones, se estructura a través de la asunción de un posicionamiento explícito dentro de un proyecto político. Este posicionamiento constituye el eje en torno al cual se articulan las explicaciones que remiten a la propia experiencia con las referidas al genocidio como proceso.

En el plano de la experiencia subjetiva, la pertenencia a un proyecto político funciona como referencia para la identificación de un criterio de demarcación y selección de las víctimas, ligado a la persecución de ciertas prácticas. La atribución de un carácter social a la figura de la víctima, implícita en este planteo, es solidaria con la concepción del genocidio como una estrategia destinada a mantener las condiciones de opresión de los sectores populares a través de la desarticulación de su capacidad de lucha. En este marco, el reconocimiento de la continuidad de las condiciones de opresión en el presente permite dar cuenta del éxito de esta estrategia y, por lo tanto, significar el genocidio como una derrota del propio proyecto colectivo.

En la misma clave, la propia militancia y el proyecto colectivo en el que se inscribía son legitimados a través del establecimiento de una continuidad histórica en las condiciones de explotación. En el plano de la experiencia subjetiva, esta legitimación se fundamenta en la inscripción de la propia militancia en una historia familiar de lucha; mientras que la actuación del colectivo de pertenencia se legitima a través de su filiación en un enfrentamiento histórico de larga data entre dos proyectos sociales.

La continuidad en las condiciones de opresión a través de la cual se legitima la experiencia no constituye, a su vez, una verdad

autoevidente sino que resulta de un modo particular de construcción del relato, basado en la historización del colectivo de pertenencia y de la propia trayectoria a su interior.

Esta historización se configura a través de una trama narrativa anclada en la centralidad del punto de vista, los procesos generales son significados en y desde la referencia a la propia experiencia vital. En tanto los hechos del pasado no se relatan «desde arriba» sino «desde adentro»,⁷ la significación histórica de esos hechos construye, en el mismo movimiento, un posicionamiento identitario vinculado a la condición obrera.

De este modo, los relatos construyen una significación del genocidio que prioriza la narración del proyecto político de pertenencia por sobre el relato del terror. En este marco, la significación del genocidio como derrota no supone un cuestionamiento de la experiencia de lucha previa, sino que habilita una recuperación crítica de esa experiencia como clave para pensar el presente. En otras palabras, este tipo de narración supone la adopción de un punto de vista que, aun en la derrota, ubica al sujeto como protagonista de la historia, habilitando la posibilidad de apropiarse activamente de las experiencias de lucha pasadas para transformar la realidad actual.

Reflexiones finales

El análisis realizado hasta aquí ha permitido caracterizar a los relatos en función de su inscripción en dos matrices discursivas. El criterio de demarcación entre las mismas está dado por el tipo de racionalidad atribuido al proceso genocida en las explicaciones. Esta racionalidad opera como límite contenedor de diferentes elementos

7. Alessandro Portelli. «El uso de la entrevista en la historia oral». En: *Historia, memoria y pasado reciente. Anuario*, n.º 20: (2005). Ed. por Homo Sapiens Ediciones.

Historia, Voces y Memoria 4 (2012) 135-169

explicativos cuyo punto de contacto reside en su eficacia material en el presente.

En la primera matriz, la causalidad del genocidio queda acotada al criterio irracional e individual de los militares, ubicando de esta manera a la arbitrariedad como principio de racionalidad. Este tipo de explicaciones, al obturar el establecimiento de alguna significación sobre las causas del genocidio que exceda al criterio discrecional del victimario, tiene como efecto la persistencia, en mayor o menor grado, de los efectos paralizantes del terror operado de manera sistemática y planificada durante el proceso social genocida.

En la segunda matriz, las explicaciones sobre la causalidad del genocidio se estructuran a partir de la inscripción de la propia experiencia en el marco de un colectivo más amplio. Esto permite el establecimiento de una continuidad entre las diferentes formas históricas que asumieron las luchas populares frente a las condiciones de opresión. De este modo, el accionar militar se explica a través de la atribución de una racionalidad histórica al proceso genocida vinculada a la implementación de un proyecto político.

Este tipo de explicaciones, tiene como efecto la significación del terror como parte de una estrategia destinada a someter a los obreros a través de la desarticulación de su capacidad de lucha. Así, permite otorgar sentido al genocidio en términos de una derrota del proyecto político del campo popular. Esta derrota, en tanto se integra en un proceso histórico de más largo alcance, no es significada como una clausura de la historia, sino como un momento factible de ser revertido a través de la acción política.

De este modo, el análisis realizado hasta aquí pone en evidencia que las formas a través de las cuales el pasado se vuelve inteligible en y desde el presente constituyen un elemento clave no sólo para comprender el pasado sino también, y fundamentalmente, para otorgar sentido al presente y al futuro. El modo de significar la experiencia histórica juega un papel central en la posibilidad de recuperar tradiciones de lucha previas, asumir un rol activo en la historia, proyectar

un cambio y establecer vínculos con otros para transformar la realidad.

Entrevistas

Carlos Acuña. Militante peronista; sobreviviente. Entrevista realizada en diciembre de 2006 en el partido de Almirante Brown, provincia de Buenos Aires. Entrevistador: GIGET.

Carlos Manuel Villagra. Obrero azucarero de ingenio. Sufrió un atentado de la Triple A en su casa en 1974. Entrevista realizada en febrero de 2006 en la ciudad de Famaillá, Tucumán. Entrevistador: GIGET. Archivo Testimonial sobre el Operativo Independencia y la dictadura militar (1975-1983) en Famaillá (Tucumán, Argentina). DVD 26 Folio 26.

Enrique Pascual Molina. Pequeño cañero. Entrevista realizada en febrero de 2007 en la localidad Los Laureles, Famaillá, Tucumán. Entrevistador: GIGET. Archivo Testimonial sobre el Operativo Independencia y la dictadura militar (1975-1983) en Famaillá (Tucumán, Argentina). DVD 39 Folio 39.

Entrevistado 1. Hombre. Entrevista realizada en febrero de 2006 en la localidad de Famaillá, Tucumán. Entrevistador: GIGET.

Entrevistado 2. Hombre. Entrevista realizada en marzo de 2006 en la localidad de Famaillá, Tucumán. Entrevistador: GIGET.

Entrevistada 3. Mujer, militante del PRT. Entrevista realizada en diciembre de 2006 en el partido de Almirante Brown, provincia de Buenos Aires. Entrevistador: GIGET.

Juan Andrés Molina. Pequeño cañero; sobreviviente. Entrevista realizada en febrero de 2007 en la localidad de Los Laureles, Famaillá, Tucumán. Entrevistador: GIGET.

Juan Carlos Dip. Comerciante; sobreviviente. Entrevista realizada en enero de 2006 en la ciudad de Famaillá, Tucumán. Entrevistador: GIGET. Archivo Testimonial sobre el Operativo Independencia y la dictadura militar (1975-1983) en Famaillá (Tucumán, Argentina). DVD 12 Folio 12

Historia, Voces y Memoria 4 (2012) 135-169

- Juan Carlos Romano. Militante peronista; sobreviviente. Entrevista realizada en marzo de 2006 en la ciudad de Famaillá, Tucumán. Entrevistador: GIGET. Archivo Testimonial sobre el Operativo Independencia y la dictadura militar (1975-1983) en Famaillá (Tucumán, Argentina). DVD 33 Folio 33.
- Juan David Jiménez. Obrero de Grafa, militante gremial peronista; sobreviviente. Entrevista realizada en marzo de 2006 en la ciudad de Famaillá, Tucumán. Entrevistador: GIGET. Archivo Testimonial sobre el Operativo Independencia y la dictadura militar (1975-1983) en Famaillá (Tucumán, Argentina). DVD 29 Folio 29.
- Juan Santos Sarmiento. Obrero de la construcción, sobreviviente. Entrevista realizada en marzo de 2006 en la ciudad de Famaillá, Tucumán. Entrevistador: GIGET. Archivo Testimonial sobre el Operativo Independencia y la dictadura militar (1975-1983) en Famaillá (Tucumán, Argentina). DVD 30 Folio 30.
- Lorenzo Justiniano Paredes. Militante gremial de la UOCRA y miembro del Partido Socialista de los Trabajadores (PST); sobreviviente. Entrevista realizada en marzo de 2006 en la ciudad de Famaillá, Tucumán. Entrevistador: GIGET. Archivo Testimonial sobre el Operativo Independencia y la dictadura militar (1975-1983) en Famaillá (Tucumán, Argentina). DVD 31 Folio 31.
- Manuel Fernando Rocha. Diariero; sobreviviente. Entrevista realizada en enero de 2006 en la ciudad de Famaillá, Tucumán. Entrevistador: GIGET.
- Marcela Genoveva Romano. Militante peronista; sobreviviente. Entrevista realizada en febrero de 2006 en la ciudad de Famaillá, Tucumán. Entrevistador: GIGET.
- Nino (pseudónimo). Obrero de Grafa, sobreviviente. Entrevista realizada en febrero de 2006 en la localidad Tres Almacenes, Famaillá, Tucumán. Entrevistador: GIGET. Archivo Testimonial sobre el Operativo Independencia y la dictadura militar (1975-1983) en Famaillá (Tucumán, Argentina). DVD 27 Folio 27.
- Olga Yolanda Morales. Trabajadora administrativa del sindicato de trabajadores del ingenio Fronterita; militante peronista; sobreviviente.

JEMIO Y PISANI · Las explicaciones sobre...

Entrevista realizada en enero de 2006 en la ciudad de Famaillá, Tucumán. Entrevistador: GIGET. Archivo Testimonial sobre el Operativo Independencia y la dictadura militar (1975-1983) en Famaillá (Tucumán, Argentina). DVD 11 Folio 11.

Oscar Alberto Córdoba. Trabajador informal; sobreviviente. Entrevista realizada en enero de 2006 en la ciudad de Famaillá, Tucumán. Entrevistador: GIGET.

Rosario del Valle Romero. Obrera del surco. Entrevista realizada en julio de 2005 en la localidad km 102, Famaillá, Tucumán. Entrevistador: GIGET. Archivo Testimonial sobre el Operativo Independencia y la dictadura militar (1975-1983) en Famaillá (Tucumán, Argentina). DVD 01 Folio 01.